

Miércoles XXVII del TO
Ciclo B



9 de octubre de 2024

Gal 2, 1-2.7-14

Sal 116

Lc 11, 1-4

P. Eduardo Suanzes, msps

Pablo continúa demostrando a los gálatas cómo él mismo había luchado por «la verdad del evangelio» con la sola dependencia de Cristo Jesús, el que se lo había revelado y de quien había recibido la misión de evangelizar, les muestra cómo a lo largo de su misión había luchado por la «libertad» de los paganos respecto de la ley judía.

Les habla de cómo tuvo que ir a Jerusalén por el asunto de la circuncisión, en que se pretendía obligar a los paganos convertidos a pasar por esta práctica judía. En esta asamblea se debería haber decidido, de una vez para siempre, el principio de la libertad de los paganos respecto de la ley judía. Ahí Pablo no cedió a las presiones: se ponía en entredicho la verdad del evangelio. Y Pablo lo tenía meridianamente claro. Habiéndosele concedido la razón Pablo sería enviado a los paganos, mientras que Pedro a los judíos. Así pues, aquí tienen los fieles gálatas cómo luchó Pablo por ellos, para que no cayeran presa de los que quieren meterles por el aro de la ley judía.

Pero también les habla de otro episodio, ahora en Antioquía: pareciera que pudiera pensarse que se trataba de un punto secundario ya que se refería a las costumbres alimenticias de los fieles de origen judío. Pero la reacción de Pablo, frente al mismísimo Pedro, en ese asunto, criticándolo en público duramente, despeja esa primera impresión, pues aprovecha el comportamiento anómalo de Pedro para exponer el corazón de su mensaje. Pedro no había cambiado, está claro, en su convicción interior: se había espantado por miedo, simple y llanamente. Para Pablo estaba en juego la seriedad misma de la obra de Cristo. Pero, ¿era tan grave el asunto, tanto como para poner en jaque la misma obra de Cristo? Pues sí, en efecto, las consecuencias de esta posición eran especialmente graves ya que, tienen que tener en cuenta, la celebración de la eucaristía tenía lugar durante estas comidas comunitarias a las que se presentaba como «*cena del Señor*»¹ Si se separaban las comidas entre paganos convertidos y judíos convertidos esto llevaba, necesariamente consigo la separación para la celebración de la eucaristía, oponiéndose gravemente a la voluntad de Cristo de constituir una sola Iglesia, su propio cuerpo, mediante la unidad de un solo pan². Como ven, el asunto era gravísimo. ¿Acaso, gálatas, no se dan cuenta de cómo he luchado desde el principio por todos ustedes? ¿Por qué se dejan ahora embaucar por esos que quieren llevarlos de nuevo a la Ley?³

Pasando al Evangelio, Lucas nos muestra la oración del Padre nuestro. Los primeros cristianos hicieron de esta oración algo así como su estandarte o su signo de identidad

¹ Cfr. 1 Cor 11, 17-34

² Cfr. 1 Cor 10, 17

³ Cfr. EDOUARD COTHENET. *La carta a los Gálatas*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra) 1981

frente a otros grupos religiosos, y así lo recoge, de algún modo, este evangelio de Lucas, que sitúa esta oración como respuesta a los discípulos que piden a Jesús que les enseñe a orar «*como enseñó Juan a sus discípulos*».

El culmen de todas las descripciones que hace Jesús sobre cómo se muestra Dios, se halla en la idea de que Dios es **Padre** de cada concreto ser humano. Jesús se ha empeñado en mostrar cómo Dios es padre (*abbá*) misericordioso, solícito, de amor indiscriminado y de perdón. Se empeña en mostrar a un Padre, próximo, íntimo y accesible.

La proclamación de Dios como Padre no es una figura retórica, sino algo que Jesús vivencia como real. Jesús habla como quien «**sabe**» que Dios no es un rey que de ahora sí y ahora no, se muestra clemente y misericordioso, sino que Dios mismo **es** la misericordia, la compasión, la bondad y, en definitiva, el amor. Es alguien con entrañas de misericordia que se «*conmueve profundamente, en las entrañas*» (sentido femenino de madre) y nunca aparta su rostro (su ser) de nadie, por muy equivocado que esté su camino. La figura del *abbá* no es, pues, una anécdota o un fleco ocasionales en el mensaje de Jesús, sino que es dominante en su proclamación de Dios. Cuando Jesús pronunciaba la palabra *abbá*, o invitaba a otros a pronunciarla, estaba haciendo presente a ese Dios tan especial, tan «*raro*», que se conmueve en las entrañas como una madre. Tal proclamación del *abbá* próximo, ante quien sólo cabe la confianza, está especialmente presente en la oración del padrenuestro que hoy nos presenta el Evangelio en Lucas.

Han de saber que el contexto de la comunidad de Lucas es de gentiles convertidos⁴, de paganos convertidos al cristianismo. En el paganismo grecolatino, las oraciones a los grandes dioses eran muy recargadas con ritos complejos y pomposos; dado que los consideraban entes muy alejados, dudaban de ser escuchados, y más bien oraban para aplacar su ira. Lucas, entonces, muestra a Jesús orando. Jesús es modelo de lo que los nuevos cristianos deben hacer (Lucas es el evangelista que más veces muestra a Jesús en oración). Para dirigirse al Dios único y todopoderoso, Jesús enseña a estos pagano-cristianos una oración sencilla y honda.

Hay un dato que normalmente no reparamos en él al rezar esta oración: No hay en ella nada **específicamente** judío (nombre de Yahvé, patriarcas, Moisés, Ley, templo, ciudad/tierra sagrada, expiación ritual, tradiciones nacionales, alimentos puros, purificaciones, fiestas o mesías especiales...). Nada. Pero es que tampoco hay en ella nada **específicamente** cristiano (Jesús, Iglesia, Espíritu Santo, eucaristía). Nada. Todo es universal en la oración de Jesús siendo, al mismo tiempo, muy judío, muy cristiano, muy humano⁵.

⁴ Lucas era compañero de Pablo...

⁵ ...lo mismo que en otros textos básicos del Nuevo Testamento (Magnificat, Mandato fundamental de Mc 12,28-34 y paralelos)